

Los padres y el comportamiento lector de sus hijos

Felipe Alliende

Doc 246

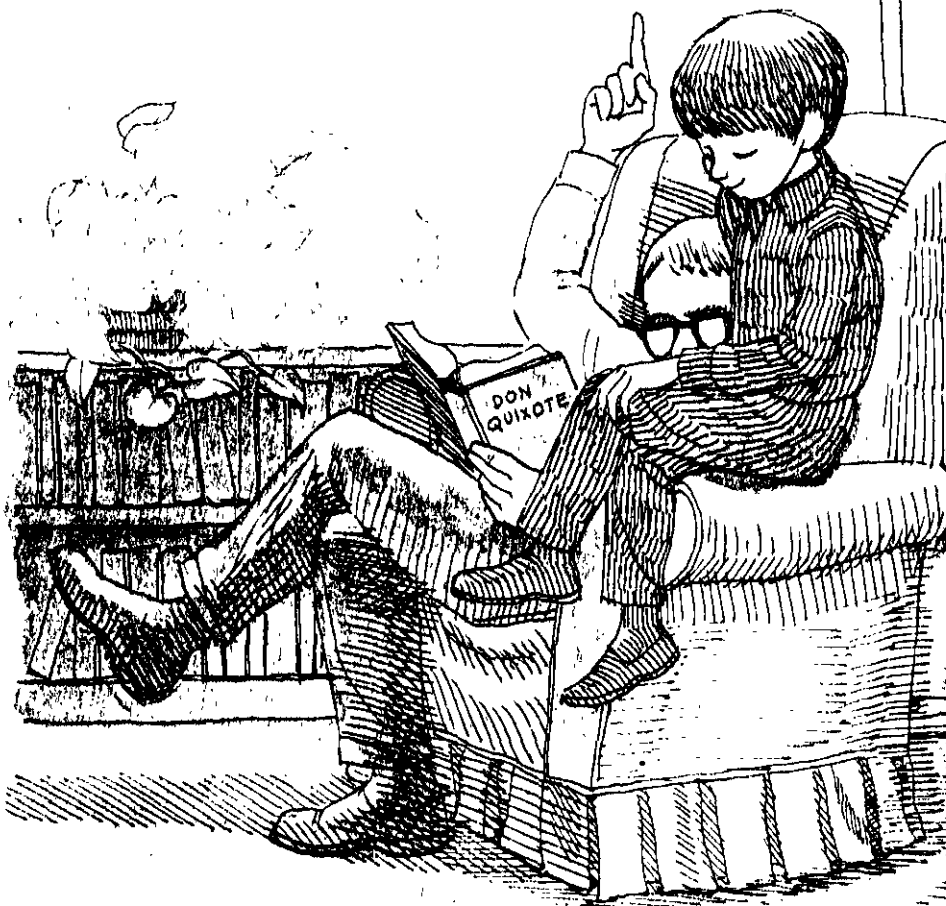


Ilustración de Joe Lasker. He's my brother.

Hay muchas personas que creen que los hábitos de lectura se forman básicamente en la escuela. Para los investigadores del comportamiento lector, en cambio, está claro que hay muchos factores determinantes, entre los que el hogar tiene una importancia casi igual o mayor que la escuela.

Aunque parezca paradoja, la formación del comportamiento lector comienza antes de que el niño aprenda a hablar. Los padres y la comunidad familiar que hacen objeto de una rica comunicación verbal a un niño recién nacido, están favoreciendo desde un primer momento un comportamiento lector adecuado.

Hay una etapa de la infancia muy importante para la formación de futuros hábitos de lectura. Es el momento en que el niño empieza a ser capaz de escuchar y entender historias.

El hombre es el único animal que necesita que le cuenten historias. Para llegar a ser plenamente humano, el hombre debe recibir la transmisión de una herencia cultural que, en gran parte, sólo es comunicable por palabras. Esta formación del hombre comienza, por supuesto, desde la infancia. Como el niño no está en condiciones de recibir esta herencia cultural en forma de nociones lógicas y abstractas, se le narran historias, cuyo fin es permitirle la construcción de su yo personal y social.

Felipe Alliende, especialista en lectura, es profesor investigador del Centro de Estudios Humanísticos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile. Este artículo apareció publicado en *Jornadas de Creación de Hábitos de Lectura, Santiago de Chile: Zig-Zag, 1983*, y ha sido reproducido aquí con permiso de su autor.

Desde temprana edad, el niño requiere respuestas para los problemas que lo preocupan. Sólo las historias orales pueden proporcionarle estas respuestas. Por este motivo, en todos los pueblos ha existido la costumbre de narrar historias a niños y a adultos, que se repiten de generación en generación. Si examinamos la historia de los pueblos, veremos que siempre en sus orígenes hubo relatos, sagrados o profanos, que les sirvieron para constituirse como grupos humanos y que fueron necesarios para cada miembro del grupo para llegar a su pleno desarrollo.

Hoy más que nunca es importante que los padres les narren historias a sus hijos para ayudarlos a constituirse en personas plenamente humanas.

En nuestros días, aunque sigue vigente la necesidad de que a cada hombre, desde su más temprana edad, le cuenten las historias que lo ayudarán a constituirse como persona, la situación ha cambiado por la acción de los medios de comunicación de masas. El alfabeto, la imprenta, la difusión de los periódicos, la radio, el cine y la televisión permiten que las historias orales sean reemplazadas por otras modalidades de transmisión de la herencia cultural. Esta virtual desaparición de las historias contadas por los padres a sus hijos puede ser una de las causas más importantes de la crisis del libro y de los hábitos lectores a la que asistimos en la actualidad.

Las historias de la televisión y de los otros medios de comunicación no cumplen todas las funciones que tenían las historias orales. Por una parte, son impuestas a comunidades muy amplias, al margen de sus

tradiciones y formas de vivir, otorgando valor universal a esquemas que pueden provenir de fuentes muy específicas e incluso individuales, marcadas por un sello comercial o utilitario.

La necesidad de historias contadas oralmente por los padres a sus hijos sigue vigente. Sólo ellas pueden responder en forma personalizada a las preguntas realmente importantes que se formulan los niños y cuya respuesta esperan de sus padres. La experiencia acumulada de muchas comunidades y muchos padres a lo largo de muchos y muchos años se ha traducido en los cuentos folclóricos tradicionales.

Los cuentos folclóricos tradicionales se transmiten desde hace siglos en nuestra cultura occidental y en otras culturas, como las orientales. Tienen características muy especiales, a veces contienen elementos aparentemente inmorales. Predomina en ellos lo maravilloso, lo mágico, lo fantástico. Falta la lógica, no hay verdad histórica, la realidad no se encuentra fielmente representada. Pero a pesar de estas características, cumplen una función importante.

En ellos se encuentra formalizado lo que más importa a un hombre primitivo, a un niño, a un hombre hecho y derecho. Responden a las preguntas más profundas que interesan al ser humano: ¿de dónde vengo? ¿cuál es mi destino? ¿qué relación tengo con los que viven conmigo? ¿qué relación tengo yo con quienes me han engendrado? ¿debo estar yo sometido a otros hombres? ¿qué significa el éxito en la vida? ¿qué significa el poder, la abundancia, la pobreza, la opresión? ¿qué soy como ser social? ¿qué función cumplo

dentro de la sociedad? ¿qué me exige el hecho de pertenecer a un determinado sexo? Son todas preguntas que el hombre busca resolver desde su más tierna infancia. Las respuestas están en los cuentos tradicionales que se pueden repetir incansablemente, ya que a medida que se va creciendo, se perciben de una manera distinta.

Es posible que el adulto educado ya no necesite de un cuento, y pueda responder a todas las preguntas con un discurso lógico, racional, histórico, real, pero, para llegar a esas respuestas necesitó, en un primer momento, los relatos tradicionales. Por eso es de suma importancia que, pese a la proliferación y al mejoramiento de los medios de comunicación de masas, subsistan estos modos de comunicación entre padres e hijos. Los padres deben contarles historias a sus hijos, porque ese es el primer paso hacia la conquista del mundo de las letras, que es el más alto al que puede aspirar el hombre.

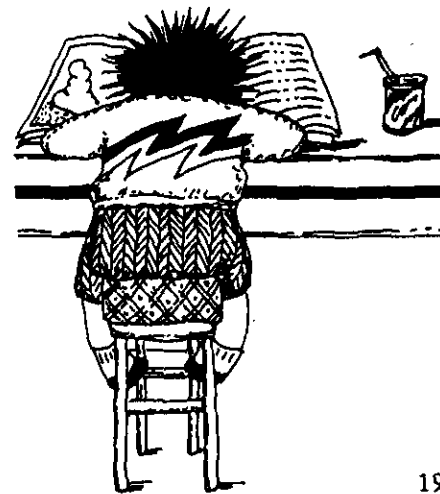
Hoy no se llega fácilmente al dominio del mundo de las letras, porque el camino pasa por la competencia de los medios de comunicación basados en la imagen y en el sonido. Nadie pretende que el hombre actual quede excluido del mundo maravilloso que le brindan los actuales medios de reproducción de la imagen, de la palabra hablada, de la música. Nadie pretende que se margine al hombre de la captación directa de ciertos acontecimientos históricos, como la llegada del hombre a la luna u otros.

Sin embargo, para una vida plena, el hombre necesita del mundo de las letras, que comienza cuando el niño

escucha las primeras historias personales que le narran sus padres y responden a sus grandes inquietudes, y que debe continuar en otras etapas. Una segunda etapa de esta formación se produce cuando los padres, además de contarles a sus hijos cuentos tradicionales y de familia, comienzan a leerlos.

Aquí entramos de lleno en el comportamiento lector. Conozco a padres de gran capacidad inventiva que les cuentan entretenidísimos cuentos a sus hijos. Es corriente el caso de que inventen personajes y los hagan vivir mil aventuras. Con eso el niño, siempre deseoso de cuentos, queda de algún modo satisfecho. Pero si se prescinde de la segunda norma que he indicado, que es la de leerle cuentos, se corre el peligro de saltarse un paso: la formación de su futuro comportamiento como lector. Esto es importante, porque, al leer cuentos escritos, se utiliza una serie de características del lenguaje que no se dan en la lengua hablada. En el lenguaje escrito ni el léxico, ni las estructuras morfosintácticas, ni la organización de los textos coincide totalmente con el lenguaje oral.

La utilización del lenguaje escrito apela constantemente a un vocabulario que el niño no maneja en la vida diaria. En la primera etapa, escucha cuentos narrados con palabras apropiadas a su desarrollo, transmitidas por sus padres. En la segunda etapa, el niño es sometido a la prueba de entender palabras que usa una comunidad más amplia que su familia, y no sólo palabras, sino también estructuras lingüísticas que le van a permitir en un futuro próximo acceder a estructuras generales del



lenguaje que va a encontrar en los textos de estudio, los periódicos, los libros y otros materiales que deberá leer, cuando empiece a tener un comportamiento lector propiamente tal.

En el paso a esta última etapa se da un fenómeno importante que es necesario manejar cuidadosamente. En un momento dado, antes de aprender a leer, el niño es capaz de entender historias muy complejas y, en general, de utilizar el lenguaje oral en forma muy amplia y variada.

Cuando recién aprende a leer, su dominio del lenguaje escrito es muy inferior a su capacidad de expresión y comprensión oral. Se ve obligado a leer palabras de una o dos sílabas, frases cortas, estructuras gramaticales simples. Si a eso se agrega que la temática de las lecturas iniciales carece de todo interés para él, por ser demasiado infantil, por estar formada sólo por obviedades o por estar desvinculada de su realidad y de su modo de hablar, es altamente probable que el niño se aburra con la lectura y acuda a otras fuentes culturales, especialmente a la televisión, la nodriza mecánica que es capaz de ofrecerle historias, probablemente inadecuadas e insuficientes, pero que corresponden a su nivel de desarrollo.

¿Qué conviene hacer en esta etapa? En primer lugar, no subestimar al niño y permitirle leer desde un comienzo cosas que le interesen. Muchas veces los libros infantiles, considerando la poca capacidad lectora del niño, entregan historias de patitos y gatitos que no le interesan porque las considera infantiles.

A pesar de la escasa capacidad lectora inicial del niño, sus lecturas

no tienen por qué ser chatas, carentes del sentido de la fantasía. Tienen que ser llenas de humor, de fantasía y significación. Esta es una advertencia seria para quienes escriben textos de lectura inicial para niños. Deben tener en cuenta la capacidad del niño de conocer historias por vía oral y de su incapacidad de leer historias realmente complejas en forma especial.

El niño debe ser introducido gradualmente en la textualidad, una vez que ha aprendido a decodificar y conoce todas las letras del alfabeto y los tipos de sílabas. Los primeros textos, como ya dijimos, deben estar llenos de significación, resultar interesantes para el niño a pesar de su estructura textual simple.

¿Qué entendemos por estructura textual simple? Primero, que los textos tengan un vocabulario conocido por el pequeño, estructuras gramaticales que domine y situaciones comprensibles para él y que estén vinculadas de alguna manera a experiencias o vivencias que haya tenido previamente. Estas experiencias no necesariamente deben relacionarse con la vida familiar cotidiana. Pueden ser intertextuales, es decir, aludir a otros textos que los niños conocen en forma oral, a través de la televisión o de otros medios de comunicación.

En esta etapa los niños deben ser introducidos gradualmente a la textualidad. Los textos a los cuales van a ser sometidos deben ir creciendo paulatinamente en su complejidad; el vocabulario debe aumentar, y las estructuras gramaticales se deben hacer más complejas y las situaciones se volverán más abstractas y alejadas de la vida diaria.

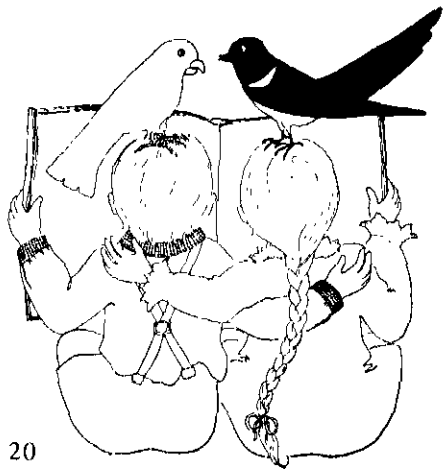
Los padres tienen dos papeles

importantes en este periodo. El primero, es ser co-lectores con los hijos. Esta es la etapa en que se adquiere el dominio del texto escrito. Muchas veces textos que interesan al niño le causan problemas por ser demasiados largos o complejos. Los padres pueden facilitarles el trabajo leyendo conjuntamente con sus hijos, alternando, explicando palabras y situaciones creadas por los textos.

Otra manera en que los padres pueden colaborar en la formación del hábito de lectura es dando el ejemplo. Los niños se convertirán en lectores habituales si ven que sus padres leen y sacan provecho de la lectura. Este provecho puede ser entretenimiento (los padres que leen no se aburren nunca), o utilidad práctica. Por ejemplo, la mamá que lee recetas de cocina.

En esta etapa es fácil entusiasmar a los niños hombres con las noticias deportivas. Cuando comienzan a leer, a adentrarse en el dominio de la lectura, descubren con gozo que los conocimientos que han adquirido por otros medios —radio o televisión— se reflejan de otra manera en el texto escrito de periódicos y revistas. Es un poco difícil encontrar este mismo interés en las niñas. Sin embargo, hay textos escritos como las recetas de cocina, las instrucciones para manejar ciertos instrumentos que pueden resultarles de gran interés. Las niñas suelen interesarse en juegos que implican comprensión e ingenio. Los padres deben fomentar las actividades en que sus hijos encuentren materiales interesantes para leer y que sean progresivamente más complejos.

En esta etapa, pues, los padres tienen dos grandes misiones: la de



facilitar la lectura de sus hijos y la de dar el ejemplo de que ésta puede ser fuente de utilidad práctica y entretenimiento.

Cuando ya los hijos han dominado la textualidad, saben leer y pueden encontrar materiales apropiados por su cuenta, se han convertido en lectores independientes. Es corriente que muchos padres piensen que ya cumplieron su misión y se dediquen solamente a ver televisión en sus horas libres. Así, los hijos nunca los ven leyendo. Esto se extiende también a los profesores. Los niños los ven escribiendo en la pizarra, hablando, poniendo notas. Pero jamás leyendo. Es necesario que tanto padres como profesores les den a sus hijos y alumnos el ejemplo de la lectura.

Este se puede introducir dedicando alguna hora de la vida familiar a la lectura. El padre puede leer el diario, la madre alguna revista, los niños sus textos escolares, o la lectura que cada uno prefiera; se trata de propiciar un momento en que todos lean y se comuniquen a través del silencio que eso produce.

La misma actividad se puede realizar en los colegios. En Estados Unidos se ha experimentado con gran éxito un *Programa de Lectura Silenciosa Sostenida*. En un determinado momento se suspende toda actividad y desde el rector hasta los auxiliares, todos leen, en silencio, sin ninguna exigencia posterior, sin pruebas, sin necesidad de explicar nada ante los demás. Simplemente se lee por el gusto de leer.

Volviendo a los padres, es importante que ellos den el ejemplo de leer. Y que proporcionen a sus hijos oportunidades de lectura.

En resumen, estamos ante un programa que toca directamente a los padres en lo que respecta a la formación de hábitos de lectura de sus hijos. Desde que el niño nace, el padre y toda la comunidad familiar deben tener una rica comunicación con él. Pero en vez de limitar esta comunicación a expresiones familiares afectuosas de un lenguaje deformado, puede traducirse desde temprana edad en expresiones que tengan algún sentido. En primera instancia, serán de extraordinaria importancia las historias que se le cuenten al niño. Las historias tradicionales contienen ciertos elementos formativos para la mentalidad del niño. Tienen una cierta dinámica lógica mediante la cual dan respuestas a las grandes inquietudes del pequeño.

En una segunda etapa, los padres deben introducir a los niños a la textualidad a través de la lectura de cuentos, lo que permite que lleguen a la escuela con una formación previa que les aporte una cierta familiaridad con el lenguaje escrito.

En la etapa del aprendizaje de la lectura, los padres tienen la responsabilidad de seleccionar aquellos textos que respeten la gran capacidad del niño de conocer historias por vía oral. Por medio de estas lecturas el niño se familiariza con el lenguaje escrito y los textos lingüísticos que son la base del crecimiento personal de nuestra cultura.

Cuando los niños ya leen en forma relativamente independiente, la responsabilidad de los padres se localiza en la selección de textos apropiados para la edad y los intereses. Pero también se relaciona con el ejemplo. Padres con hábitos deseables

de lectura, con un comportamiento lector adecuado, le transmitirán eso a sus hijos.

Finalmente, cuando padres e hijos son lectores independientes, surge la conveniencia de dedicar un tiempo para la lectura. No podemos desperdiciar allí la posibilidad de acceder al mundo de las letras. En el lenguaje escrito es donde el hombre encuentra con mayor precisión, exactitud y belleza, los mensajes culturales más altos que ha construido. No nos marginemos del mundo maravilloso del lenguaje escrito, no nos marginemos de la lectura.

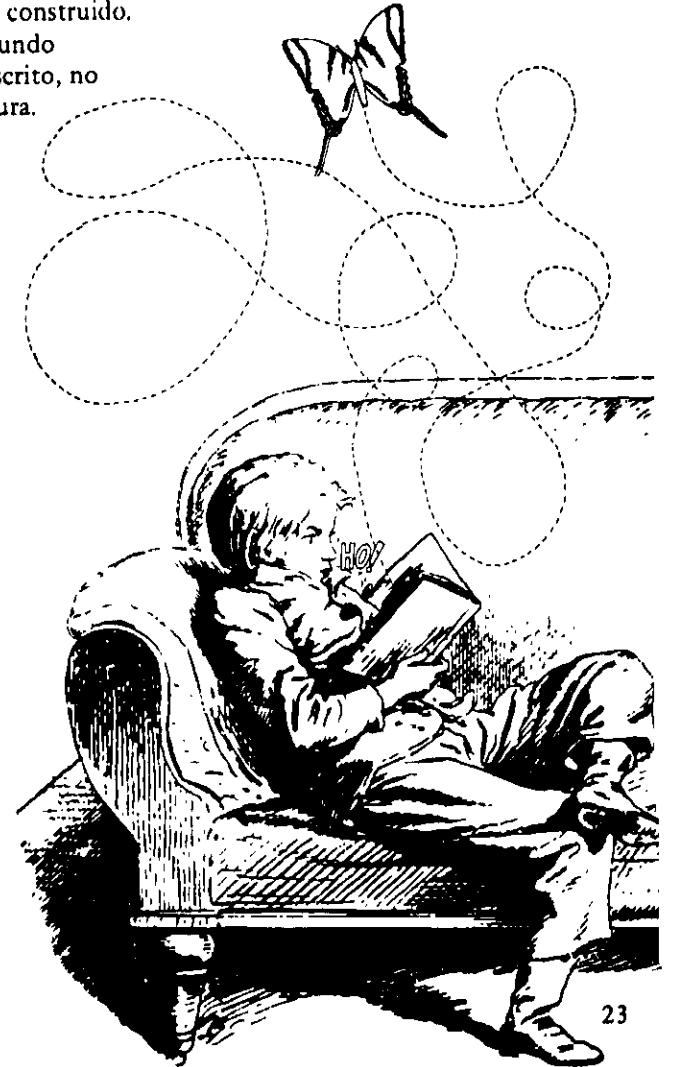


Ilustración tomada de un anuncio comercial de Ediciones Xerais de Galicia, El Libro Español No 309